

Ética es una palabra

Gerardo Pasqualini

“Del mismo modo, cuando ustedes izan de un lado la cabeza de Locke, se inclinan hacia ese lado; entonces levantan del otro lado la cabeza de Kant y recobran el aplomo, pero en que estado tan penoso.... Muchos espíritus, así, están siempre equilibrando su bote. ¡Pobres necios! ¡Arrojen ustedes al mar todas esas cabezotas y flotarán leves y erguidos!”

Moby Dick, Herman Melville

Con la frase “*l’inconscient est structuré comme un langage*”, que traduzco “el inconsciente es estructurado (o se estructura) como un lenguaje”,¹ Lacan quiere destacar que el inconsciente no tiene ninguna consistencia en el plano ontológico porque no preexiste a la operación discursiva que lo funda. Esta idea exige reubicar la noción de lenguaje y, a partir de esto, algunas cuestiones de la estética.

Voy a comenzar con algunos desarrollos sobre Wittgenstein, en cuya obra es posible marcar tres períodos: el primero es el del *Tractatus* (Ayer, A. J., 1987), en que se ocupa del lenguaje como una manera de dar cuenta de los hechos del mundo y, por lo tanto, se trata de la

¹ Otra traducción podría ser: “el inconsciente está estructurado como un lenguaje”, pero elijo aquella porque considero que el verbo “ser” como auxiliar permite pensar la estructura como un permanente proceso, mientras que la otra versión que habilita el texto del francés (al subsumir nuestros verbos “ser” y “estar” en un único verbo: “être”) da una idea de la estructura como producto acabado.

posibilidad de describir el mundo por medio del lenguaje. Todas las palabras y proposiciones deben coincidir con los objetos de referencia. El lenguaje describe el mundo y el mundo se restringe al lenguaje; de manera tal que los límites del mundo son los mismos que también cercan al lenguaje. Los términos sin referencia no tendrían sentido. No obstante, se plantean varios problemas que quedan abiertos. Se puede decir provisoriamente que hay una concepción *a priori* del lenguaje en que “los objetos forman la sustancia del mundo y, por lo tanto, la realidad está limitada por los objetos del mundo”. El problema son las proposiciones elementales, es decir, las que no se refieren a objetos. En la medida en que las proposiciones construyen escenas se alejan de la necesidad de convalidarlas con el referente. Wittgenstein da el ejemplo de testimoniar sobre un accidente, donde se van armando escenas con muñecos y juguetes que terminan por tener valor en sí mismos. Lo importante es el cómo, la manera en que se relacionan los elementos.

Con respecto a las proposiciones, no necesitan ser comparadas con la realidad para ser entendidas, si bien su veracidad o falsedad puede constatarse a partir de la vinculación de aquello que se afirma con la realidad a la que hace referencia. A partir de las proposiciones elementales se busca el grado de verdad de las demás, para lo cual se recurre a la estructura y a las tablas de verdad. Siguen siendo el problema las proposiciones elementales: toda proposición que no pueda someterse a un análisis de verdad o falsedad, cuando siempre es verdadera (tautología) o siempre es falsa (contradicción) no dice nada y, por lo tanto, no es más que una pseudo-proposición. En este primer momento de Wittgenstein hay un mundo y un lenguaje, y de lo que se trata es de la coincidencia, tanto entre los hechos y las proposiciones como entre las palabras y las cosas. Lo acepta como el límite del lenguaje.

Un segundo momento trata sobre las proposiciones filosóficas, de las cuales no se puede decir si son verdaderas o falsas, por lo cual carecen de significado. *Hay cosas de las que no se puede hablar, y es mejor callar.*

En sus últimos trabajos, Wittgenstein recomienda el método *a posteriori* y se dedica a investigar el uso real del lenguaje. Ya no hay un saber *a priori* sobre lo que es el lenguaje, sino que el foco está en su función. Se trata de una visión pragmática del lenguaje, donde el obstáculo se transforma en ventaja. Nos desprendemos de los significados y, por otro lado, al lenguaje ya no se lo define, se lo usa y, sobre todo, se echa mano a una noción de estructura que permite su

uso. Esto se relaciona con lo que Lacan sostiene acerca del inconsciente: que no hay saber sobre él, sino que se estructura (funciona, diría yo) como (un) (el) lenguaje.

Hay una estructura, real, que posibilita, por sus articulaciones, el uso de las palabras más allá de su significado. Se puede decir que el lenguaje es el mecanismo por el cual las palabras se ordenan en frases (la gramática) que, al ser leídas, posibilitan diferentes relaciones.

Dentro de la gramática, la retórica, pensada como el arte del bien decir, es la encargada de dar belleza y eficacia al lenguaje, para lo cual puede echar mano incluso a sofisterías y razones que no son del caso, con la finalidad de lograr sus resultados. Los artificios del lenguaje, al permitir zafarse de las normas, otorgan libertad a los alegatos. Es interesante señalar que los tropos y figuras de la retórica son utilizados también por la poética.

La retórica y, por supuesto, la poética resaltan la función creadora del lenguaje y le permiten romper el encorsetamiento del uso comunicativo al que parecía estar confinado, lo cual sucede cuando se van decantando las significaciones impregnadas que les quitan vitalidad a las palabras.

La retórica le permite al lenguaje desprenderse del referente porque la perfección, en este arte, no reside en lo que se dice sino en la forma de decirlo. En todo caso, cabe resaltar que aquello que se dice no debe confundirse con su referente. Incluso si aquello de lo que se habla es la realidad, ésta es construida en el discurso, no habiendo nada por fuera de él. Lo importante es que la retórica, al transgredir, permite soltar amarras y, a partir de esto, armar discursos y ficciones.

En la retórica no se premia a un expositor por ser claro, sino que se lo cuestiona si no lo es, puesto que se considera que sólo se expresa con claridad quien tiene claras las ideas. Dice Nietzsche: “Los que componen discursos difíciles, oscuros, enrevesados, ambiguos, no saben por cierto lo que quieren decir, sino que tienen de ello solo una vaga conciencia, que se esfuerza por formular un pensamiento: a menudo ellos también quieren ocultar, a ellos como a otros, que propiamente no tienen nada que decir”. (Nietzsche, 2000: 96)

En los diálogos de Platón, se acuerda casi siempre con los oradores, aun cuando formulen pensamientos diferentes. La oratoria está al servicio de hacer creíble y claro lo expuesto. Para quienes manejan la lengua como algo groseramente empírico, la retórica —en especial la antigua— puede parecer artificial. Sin embargo, si pensamos que es un perfeccionamiento de los artificios propios del

lenguaje, la podemos considerar como su esencia misma. Particularmente si tenemos en cuenta las formas de la retórica, que son las que nos van a permitir las trasgresiones a las normas. Esto, claro, si sostenemos que al lenguaje—aceptando que no hay metalenguaje—no se lo puede reducir a un simple código, por cuanto, como se trata de una estructura² abierta, es textual.

Al plantear que el lenguaje, pensado como estructura, es el resultado de artes retóricas, ya no se trata de certezas o premisas y axiomas, como se busca en la ciencia y en la matemática, sino de convencer al interlocutor. Para tal fin, es necesario que lo dicho sea claro, verosímil y que, además, resulte creíble, en tanto que la cuestión de la referencia pasa a ser contingente.

Con estos indicadores, en *S/Z* (Barthes, 1980) encontré una referencia a Zambinella, el personaje pigmaliónico de Sarrasine (cuento de Balzac).

Se formula el siguiente entimema (un falso silogismo):

“Todas las mujeres son miedosas

“Zambinella es miedosa

“Zambinella es mujer.”

² En la clase del 13 de noviembre de 1968 del seminario “De un Otro al otro”, Lacan nos introduce en el discurso psicoanalítico y, a partir de él, nos propone repensar el estructuralismo y, sobre todo, la noción de estructura. Vamos a ver que a la estructura, igual que a Dios, la ubica en lo Real. Sabemos que es en lo imposible, que está más allá.

Luego de hacer una alusión a la basura publicada en relación al estructuralismo que, al parecer, en ese momento está de moda, se propone revisar la idea de estructura. Empieza por plantear la serie, “lo serio”. El problema que se plantea en una serie es el comienzo.

En este punto va a ser importante un pequeño desarrollo sobre topología y la idea de compacidad, como una manera de tratamiento de lo infinito.

La topología arma sus espacios, a los cuales les impone su estructura. De modo que no hay un espacio real —que sería el euclidiano— sino que el espacio es infinito. Sabemos que el humano sólo cuenta con tres dimensiones para representarlo, lo que no equivale a que el espacio tenga sólo tres. Es por eso que la compacidad a la que Lacan recurre implica que, si no tenemos límites reales, al menos va a ser posible delimitar espacios sobre los cuales trabajar, algo así como poner bordes a lo infinito. Es decir que se rescata la idea de infinito, pero se lo acota. El Otro, como código y, en este caso, como estructura, va a quedar con bordes pero incompleto.

Estructura, entonces, no significa completud, si bien permite cierres. Lacan remarca la castración como imposibilidad del todo. Lo que debe quedar claro es que estructura no implica ningún cierre definitivo, no da para una antropología psicoanalítica y, por supuesto, para ninguna tipología. La estructura que Lacan propone es la del lenguaje.

Con esto intenta cuestionar a la ciencia como episteme, incluyendo al discurso psicoanalítico como interpretante, que se trata en sí mismo de una estructura.

De la pusilanimidad de Zambinella deduce la feminidad, incurriendo en la falacia de afirmación del consecuente. El razonamiento válido se obtendría al invertir el orden de la conclusión y la segunda premisa: “Zambinella es mujer; por lo tanto, es miedosa”. Sin embargo, las falacias –aunque inválidas como razonamiento lógico– son aceptables en el marco de la retórica, en tanto resulten convincentes.

Nunca se transmite la esencia de las cosas. De la misma forma que en el “entimema”, es necesario que se sostenga como verdadera la primera premisa, que queda sin referente porque es punto de partida. Los matemáticos, por ejemplo, recurren a sus axiomas.³

Con relación al referente, Deleuze remite a Lewis Carrol. Humpty Dumpty, un personaje de aquel autor, dice que tortuga es tortuga porque a él se le ocurre, porque él es el amo. Este comentario alude a la arbitrariedad del lenguaje, en lo que respecta a la relación entre la palabra y la cosa o su significado. El problema sólo puede resolverse con un amo.

Deleuze, entonces, en *La lógica del sentido* señala que justamente la arbitrariedad en la relación entre palabra y cosa o significado es lo que, mediante un saber, va a sostener al Amo. Para eludir esta instancia, Deleuze crea la categoría del sentido. Comienza por cuestionar:

1) La designación, que busca la relación de la proposición con un estado de cosas exterior, operando por asociación entre la palabra y las imágenes que la deben representar. Es lo que autoriza a decir “esto es aquello”; es decir, que busca la verdad en la relación entre la cosa y la palabra.

2) La manifestación, que es la relación de la proposición con la persona que habla y se expresa. La manifestación hace posible la designación.

3) La implicación, que consiste en la relación de la palabra, considerada como elemento, con conceptos universales o generales.

Ninguna de estas vías es considerada útil. Entonces, realiza un recorrido, en el que retoma a los Estoicos para resaltar los incorpóreos (que son efectos de superficie; es decir que la verdad no está en la esencia, en lo profundo, sino en las relaciones superficiales de causa-efecto entre los elementos) y termina por fundar una cuarta categoría,

³ En las matemáticas, algo se considera axioma, cuando se demuestra que es indemostrable.

a la que llama sentido. Deleuze elude todo intento de significar o designar a cada elemento, por cuanto sólo busca la verdad en los efectos que se van a dar en superficie.

A partir de este planteo, recupera un empirismo, en cuanto el referente está a la vista, sin caer en las ideas (pensadas como contenidos subjetivos), porque el efecto que se va a producir está en la relación.

Husserl lo llama expresión: es un incorporal, que no tiene existencia física ni mental, es pura apariencia. No existe fuera de la proposición que lo expresa. Es una unidad ideal objetiva. No es un dato de la percepción. Es un efecto de superficie. Un acontecimiento puro. No existe, sino que insiste.

En la expresión “tormenta de ideas”, no tomaremos en cuenta el fenómeno meteorológico, ni la imagen o el concepto de “tormenta”. El sentido de “tormenta” debe buscarse dentro de la proposición. No es el *quid* (la esencia, que adquiere valor sola) sino el *aliquid* (extra ser). El acontecimiento, que pertenece al lenguaje, es el sentido mismo. Es lo que se dice de las cosas. Por esta vía se recupera el valor de la palabra dentro de la frase, más allá de su significación. El significante es una frase, nos dice Lacan.

La frase es una estructura y las palabras sus elementos, que se van a articular y a tomar valor en cada contexto. Allí se producirán efectos de sentido y sólo podrán ser leídos en el *a posteriori*. En este punto Freud es inflexible. Para él lo primero es desarmar la imagen, fraccionarla (como podemos observar en su técnica de interpretación de los sueños), para hacer caer la ilusión de algún significado posible. De esta forma nace la libre asociación.

A partir de estos desarrollos, y retomando la idea de lo textual para los relatos –tal como lo propone Kristeva en la semiótica– podemos hacer uso de la gramática.

La frase, entendida como texto, será leída como estructura, más allá de sus denotaciones. Una frase puede ser un conjunto de tres palabras, donde cada una adquiere valor por su relación con las otras. Se respetan los lugares de sujeto, predicado, verbo, etc., pero caerá toda ilusión de referente y de concepto.

De esta manera, a partir del verbo se podrá pensar en la categoría de tiempo, y no a la inversa. Siguiendo a Deleuze, podemos volver a los Estoicos, que plantean que los acontecimientos nunca son en el presente, sino en el “Aion” ilimitado: el infinitivo. Esto va a rescatar la singularidad en cada momento. Los acontecimientos del presente pueden operar sobre el pasado y el futuro, dentro de un tiempo

infinito. Volvemos de otra manera a la idea topológica de compacidad, esta vez con relación a la temporalidad. Quedan cuestionadas las categorías kantianas de espacio y tiempo.

La gramática le otorga un orden al lenguaje. Al pensar en la gramática del texto, será necesario desprenderse de los saberes *a priori*, porque tendrá que leerse toda la frase para saber qué se quiso decir. Ese “qué se quiso decir” apunta hacia la enunciación, que le corresponderá a cada enunciado (lo efectivamente dicho). La enunciación surgirá en calidad de enigma, permitiendo siempre una lectura de un presente en que se incluyen pasado y futuro.

Por otro lado, situados desde la gramática, a diferencia de la lógica, no necesitaremos axiomas ni premisas que sostengan un punto a partir del cual denotar un referente.

Debe quedar claro, de todos modos, que en el enunciado están presentes tanto el nivel de la designación (que es el del significado) como el de la expresión (que es el del sentido). Así, no podremos considerar que una determinada sucesión de palabras es la misma frase si figura en diferentes contextos. Las frases no podrán ser desligadas de la enunciación, porque no serán unívocas en cuanto a significados.

Este paso al lenguaje es lo que también va a dar sentido a las paradojas que, como se caracterizan por ir en dos sentidos a la vez, harán caer el principio de identidad, al hacer imposible una identificación.

Sólo nos va a quedar el efecto de sentido o, más precisamente, el sentido como efecto. Esta será la única verdad posible, siempre singular.

A partir de estos planteos, propongo pensar la Etica, o más bien: la ética. Porque creo importante que recordemos, ante todo, que ética es una palabra como cualquier otra y que, entonces, deberá ser considerada en el contexto en el que se la incluya, en el entramado textual del que forme parte. Lo que quiero decir con esto es que, si nos manejamos sólo con el significado, corremos el riesgo de aniquilar la palabra, de quitarle la posibilidad de articularse con otras en la frase, perdiendo también el lugar de la enunciación.

Tomemos la siguiente frase: “Laboratorio Bagó: ética⁴ al servicio de la salud”.

⁴ Etica, en tanto palabra, entra en juego significativa con las demás del discurso en la que está contenida, y esto se encuentra más bien del lado de la estética. No me voy a ocupar de la ética

¿Cómo pensarían el publicista, el kantiano y el psicoanalista esta frase y la palabra ética contenida en ella?

Imagino que al publicista tal vez le interesarían los efectos en cuanto resultados, y esto podría medirse por el éxito en el mercado. La frase valdría como eslogan y, en ella, la palabra “ética” se analizaría en relación a su eficiencia publicitaria: si aumenta o no las ventas.

Un kantiano probablemente podría plantearse si es ético usar la “ética” con un fin buscado, es decir, con un objetivo.

Por su parte, el psicoanalista tomaría la frase como un enunciado, cuya enunciación es necesario buscar. Tanto “Bagó” como “ética” van a pasar a ser interrogantes. De lo contrario, queda como una frase vacía, en tanto plena de significado. Se puede pensar que la frase tiene como finalidad sostener una idealización, tanto de la ética como del laboratorio. No le corresponde a un analista opinar sobre lo bueno o malo de esta frase, sólo denunciar el lugar de enunciación. En la frase, “ética” será sustituida por una “x”.

Podemos tomar otras frases que también han adquirido mucha imagen y nos competen más. Por ejemplo: “La ética del psicoanálisis”. No es lo mismo hoy que en 1956, cuando Lacan la usó como título de un seminario. En ambos casos, deberemos buscar la enunciación.

En 1956 Lacan pensaba que había mucho que decir sobre ética y psicoanálisis. De hecho, propuso una lectura sobre esas cuestiones⁵ en Freud, porque suponía que estaban dejadas de lado.

¿Cómo las podemos pensar hoy? Tal vez, podríamos proponer “La estética del psicoanálisis”.

Buscar una definición de “ética” nos traería un problema parecido al que nos enfrenta con el fin del psicoanálisis. Se transformaría en un objetivo, idealizado como cualquier otro, y perderíamos el valioso valor de enigma.

como problema, como variable de definición de un campo sobre el que se opera. Sí rescato de la ética el *a posteriori*.

⁵ Lacan dedica su seminario, no a pontificar sobre ética, sino a interrogar el concepto de inconsciente que es ético *¿a posteriori*? Allí habla de *Das Ding*, sublimación, etc. Digo que pone a trabajar. No define, aunque a veces concluye.

“Pero si sus ojos fueran tan grandes como la lente del vasto telescopio de Herschel, y sus orejas tan amplias como el pórtico de las catedrales, ¿su vista sería acaso más capaz y su oído mas agudo? En modo alguno. ¿Por qué, entonces, procuran ustedes ‘ampliar’ sus facultades mentales? Mejor es utilizarlas”.

Moby Dick - Herman Melville

BIBLIOGRAFIA

- AYER, A. J. (1987) *Wittgenstein*. Ed. Crítica, Bs. As.
- BASH, C. (2001) *El desvío de la letra*. Letra Viva, Bs. As.
- BARTHES, R. (1980) *S/Z*. Siglo XXI, España.
- (1966) *Investigaciones retóricas I*. La Antigua retórica. Ayudamemoria, Ed. Buenos Aires, Barcelona.
- (1994) “La muerte del autor”. En *El susurro del lenguaje*, Paidós, Buenos Aires.
- DELEUZE G. (1989) *La lógica del sentido*. Tercera serie, de la proposición. Paidós, Bs. As.
- DUCROT, O. (1995) “La delocutividad. O cómo hacer cosas con palabras”. En Parret, Herman y Ducrot, Oswald, *Teorías lingüísticas y enunciación* (Buenos Aires: CBC-UBA).
- FANN, K. T. (1986) *El concepto de filosofía en Wittgenstein*. Ed. Tecnos.
- FONTAINE, A. (1995) “La implantación del significante en el cuerpo”. *Litoral* 18 y 19.
- FOUCAULT, M. (1995) “Siete proposiciones sobre el séptimo ángel”. *Litoral* 18 y 19.
- HOBBSAWM, E. (1998) *Sobre la historia*. Crítica Barcelona.
- KORDON, D. (2001) “Notas acerca de la identificación”. En *Testimonios* N°1.
- LACAN, J. (1971) “La metáfora del sujeto”. En *Écrits I*, Éditions du Seuil, Paris.
- (1968-1969) *D’un Autre a l’autre*. Publication hors commerce Document interne á l’Association freudienne internationale.
- (1975) *Encore, Le seminaire Livre XX*. Editions du Seuil, Paris.

GERARDO PASQUALINI

- MALLETE, V. (1995) "Hablar los muros". En *Litoral* 18 y 19.
- NIETZSCHE, F. (2000) *Escritos sobre retórica Clásicos de la cultura*. Trotta, Madrid.
- PASQUALINI, G. (1990) *Psicoanálisis: Psicopatología y Ética*. Nueva Visión, Bs. As.
- (1993) *Ética más allá de la razón*. Gel, Buenos Aires.
- (2008) *Escritura de la clínica*. Letra Viva (en prensa).
- (2002) "Ética: la palabra devaluada". En: *La ética del compromiso*. Altamira, Buenos Aires.
- WHITE, H. (1992) *Metahistoria*. Fondo de Cultura Económica, México.

Gerardo Pasqualini
Arenales 1805, 16° "C"
C1124AAA Capital Federal
Argentina